

Primo Levi
Defecto de forma



Primo Levi
Defecto de forma

TRADUCCIÓN DE ÁNGEL SÁNCHEZ-GIJÓN

ediciones península

Título original: *Vizio di forma*

© Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino, 2005

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición en Península: junio de 2019

© de la traducción del italiano: herederos de Ángel Sánchez-Gijón, 2019

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO • fotocomposición

DEPÓSITO LEGAL: B. 9.048-2019

ISBN: 978-84-9942-830-7

PROTECCIÓN

Marta acabó de arreglar la cocina, puso en marcha la lavadora, encendió un cigarrillo y se tumbó en el sillón siguiendo distraídamente la televisión a través de la hendidura de la visera. En la habitación contigua Giulio estaba silencioso. Probablemente estaba estudiando o haciendo los deberes escolares. De más allá del pasillo llegaban, a intervalos, los ruidos tranquilizadores de Luciano, que jugaba con un amigo.

Era la hora de la publicidad. En la pantalla, cansinamente, se sucedían incitaciones, consejos y halagos: comprad solo el aperitivo Alfa, solo helados Beta; comprad solo abrillantador de metales Gamma, solo cascos Delta, dentífrico Epsilon, ropa Zeta, aceite inodoro para sus juntas Eta, vino Teta... A pesar de la postura incómoda y de la coraza que le molestaba en las caderas, Marta acabó por quedarse dormida, pero soñó que dormía tumbada en las escaleras de casa, de través, mientras junto a ella la gente subía y bajaba sin hacerle caso. La despertó el ruido metálico que hacía Enrico en el descansillo. Nunca se equivocaba; presumía de distinguir su paso entre el de todos los demás inquilinos. Cuando él entró, Marta se apresuró a mandar a casa al amigo de Luciano y puso la mesa para la cena. Hacía calor y, además, el telediario había anunciado que la lluvia de micrometeoritos atravesaba un período de escasa actividad. Por ello, Enrico alzó su visera y los demás le imitaron. Era más fácil llevarse la comida a la boca así, en lugar de hacerlo a través de la pequeña válvula en forma de estrella que siempre se ensuciaba y olía mal. Enrico interrumpió la lectura del periódico para anunciar:

—Me encontré a Roberto en el metro; hacía un montón de tiempo que no nos veíamos. Esta noche vendrá a visitarnos con Elena.

Llegaron hacia las diez, cuando los chicos ya estaban en la cama. Elena lucía un espléndido conjunto en acero AISI 304, con soldaduras de argón casi invisibles y graciosas tuerquecillas de cabeza fresada. Roberto vestía una coraza ligera de un modelo insólito, con rebordes en los costados y singularmente poco ruidosa:

—Me la compré en marzo, en Inglaterra. Sí, sí, es inoxidable. Soporta muy bien la lluvia, todas sus guarniciones son de neopreno y se quita y se pone en menos de un cuarto de hora.

—¿Cuánto pesa? —preguntó Enrico sin mucho interés.

Roberto se echó a reír desenfadadamente.

—Sí, ese es su punto débil. Ya sabéis que se tiende a la unificación. Aquí, en el Mercado Común, ya la hemos logrado, pero allí, por lo que se refiere a pesos y medidas, llevan unos cuantos pasos de retraso. Pesa seis kilos y ochocientos gramos; solo le faltan doscientos gramos para estar en regla, pero ya veréis cómo nadie se dará cuenta. Quizá, por aquello de la legalidad, haré que me pongan un poco de plomo aquí, detrás del cuello, donde no se vea. Aparte de esto, todos los grosores están en regla y, por si las moscas, siempre llevo encima el certificado de origen y el diseño homologado en esta hendidura junto a la placa. ¿Veis? Está hecha aposta. Es una de esas pequeñas ideas que hacen fácil la vida. Los ingleses son gente práctica.

Marta no pudo evitar echar una mirada de reojo a la coraza de Enrico. Pobrecillo. Él nunca iría de compras a Londres. Aún llevaba la vieja armadura de chapa de zinc dentro de la cual, muchos años antes, ella lo había conocido: decorosa, claro, sin una mancha de herrumbre, pero cuánta fatiga para conservarla; y, además, la lubricación: no menos de dieciséis engrasadores Stauffer, cuatro de ellos nada fáciles de encontrar. Y cuidado con olvidarse de uno tan solo o de saltarse un domingo, porque chirriaba como un fantasma de Escocia, pero cuidado con pasarse, porque entonces dejaba manchas en todas las sillas y butacas, como un caracol. Pero Enrico parecía no darse cuenta de ello; decía que le había tomado cariño, y pedirle que la cambiara era una empresa desesperada aunque, pensaba Marta, ahora se encuentran equipos en regla con la ley, prácticos y casi elegantes, y si los pagas a plazos ni te enteras.

Con el rabillo del ojo vio su propia imagen reflejada en el espe-

jo. Ella tampoco era el tipo de mujer que se pasa el día en el salón de belleza o en la peluquería, pero le habría gustado renovar algo su guardarropa, sin duda. En el fondo aún se sentía joven, aunque Giulio tuviera ya dieciséis años. Marta seguía distraídamente la conversación. Roberto era, con mucho, el más brillante de los cuatro; viajaba mucho y siempre tenía algo nuevo que contar. Marta observó con placer que intentaba buscar su mirada, un placer puramente retrospectivo, porque de aquel asunto con él ya hacía diez años, y a ella no le pasaría nada, lo sabía, ni con él ni con otros. Un capítulo cerrado, si no por otros motivos, al menos debido a esa molesta cuestión de la protección obligatoria, por causa de la que uno no sabía nunca si estaba tratando con un viejo o con un joven, con un guapo o con un feo, y todos los encuentros se limitaban a una voz y al relampagueo de una mirada en el fondo de una visera. Ella nunca había entendido cómo se había podido votar una ley tan absurda, y eso que Enrico le había explicado muchas veces que los micrometeoritos eran un peligro real y tangible; que la Tierra llevaba veinte años atravesando un enjambre de ellos y que bastaba uno solo para matar a una persona taladrándola en un santiamén de parte a parte. Prestó atención al darse cuenta de que Roberto estaba hablando precisamente de esa cuestión:

—¿Vosotros también lo creéis? Bueno, si solo leéis *El Herald* no es extraño, pero razonad un poco y os daréis cuenta de que todo es un montaje. Los casos de «muerte desde el cielo», como se dice ahora, son ridículamente pocos, no más de veinte realmente comprobados. Los demás son embolias o infartos u otros accidentes.

—¡Pero cómo! —dijo Enrico—. La semana pasada sin ir más lejos se publicó lo de aquel ministro francés que salió un momento al balcón sin armadura...

—Os digo que todo es un montaje. El infarto es cada vez más frecuente y es una institución que no sirve a nadie. Sencillamente, en una situación de pleno empleo han intentado utilizarlo, eso es todo. Si a quien le da no lleva la coraza ha sido un MM, un micrometeorito, y siempre se encuentra un perito especialista complaciente. Si lleva puesta la coraza entonces es un infarto y nadie le hace el menor caso.

—¿Y todos los periódicos se prestan a ello?

—Todos no, pero ya sabéis cómo están las cosas: el mercado del automóvil está saturado y las líneas de montaje son sagradas, no pueden pararse. Entonces se convence a la gente para que lleve coraza y se mete en la cárcel a quien no obedezca.

No era una novedad. Se trataba de consideraciones que Marta ya había oído más de una vez, pero ya se sabe que, a menudo, incluso a los tipos brillantes como Roberto les escasean los argumentos y, además, si se repiten cosas ya sabidas se va sobre seguro y se evitan esos pozos de silencio que son tan molestos.

—Pero yo —dijo Elena— tengo que decir que me encuentro bien con la coraza. No es que lo haya leído en las revistas femeninas, me encuentro muy bien, tan bien como en mi propia casa.

—Te sientes bien porque tu coraza es muy bonita; perdona que no te lo haya dicho antes, pero es una maravilla —dijo Marta con sinceridad—. Nunca he visto una tan bien diseñada, parece hecha a medida.

Roberto se aclaró la voz y Marta comprendió que había metido la pata, aunque tampoco demasiado. Elena se rió con indulgente seguridad:

—Es que está hecha a medida. —Dirigió una mirada agradecida a Roberto y añadió—: Ya sabes que él tiene algunas relaciones en el ambiente de los carroceros de Turín... Pero no es por eso por lo que digo que estoy bien dentro de la coraza, me sentiría bien dentro de cualquier otra. No creo mucho en esa historia de los MM; mejor dicho, no la creo en absoluto, y oír que todo es un montaje para que la General Motors gane dinero me da mucha rabia, pero... pero estoy bien con ella y mal sin ella, y como yo hay muchos, os lo garantizo.

—Eso no prueba nada —dijo Marta—. Han creado una necesidad. No es el primer caso. Son muy hábiles creando necesidades.

—No creo que la mía sea una necesidad artificial. Si así fuera, a saber cuánta gente se dejaría sorprender sin coraza o con una coraza no reglamentaria. Es más, ni siquiera habrían votado la ley y la gente habría hecho una revolución. En cambio, yo... la verdad es que con ella me siento... ¿cómo lo diría?

—*Snug* —intervino Roberto, irónico. Para él aquella conversación no debía ser nueva.

—¿Cómo? —dijo Enrico.

—*As snug as a bug in a rug*. Es difícil de traducir y también es algo ofensivo, pero no todos los *bugs* son cucarachas.

—De todos modos —siguió Elena—, para mí es así, me siento *snug* como una cucaracha en una alfombra. Me siento protegida como en una fortaleza y por las noches, cuando me acuesto, me la quito de mala gana.

—¿Protegida contra qué?

—No sé, contra todo. Contra los hombres, el viento, el sol y la lluvia. Contra la polución, el aire contaminado y las escorias radiactivas. Contra el destino y contra todas las cosas que no se ven ni se prevén. Contra los malos pensamientos, contra las enfermedades, contra el porvenir y contra mí misma.

La conversación estaba tomando un cariz peligroso. Marta se dio cuenta de ello y la llevó a aguas más tranquilas contando la historia del profesor de Giulio, que era tan avaro que, en vez de tirar su vieja armadura toda oxidada, la pintó con minio por fuera y por dentro y agarró una intoxicación de plomo. Luego Enrico contó el caso de aquel carpintero de Lodi al que le cayó encima un aguacero; las tuercas se le atascaron y tenía una cita y su novia le cortó la coraza con un soplete y lo tuvieron que llevar al hospital.

Por fin se despidieron. Roberto se quitó el guante herrado para estrechar la mano desnuda de Marta y Marta experimentó un placer intenso y breve que la llenó de una tristeza gris y luminosa, no dolorosa. Esa tristeza le duró mucho tiempo, le hizo compañía dentro de su coraza y la ayudó a vivir durante muchos días.

HACIA OCCIDENTE

—**D**éja esa cámara. Mira, mira con tus propios ojos e intenta contarlos.

Anna dejó la cámara y hundió su mirada en el valle. Era un valle pedregoso y estrecho que comunicaba con el interior solo a través de un paso cuadrado y acababa en el mar en una amplia playa cenagosa. Por fin, después de semanas de desplazamientos y de persecución, lo habían conseguido. El ejército de los *lemmings*, oleada tras oleada, se asomaba al paso y se precipitaba por la pendiente levantando una parda nube de polvo. Allí donde la pendiente era menor, las oleadas de un gris azulado se fundían nuevamente en una riada compacta que se movía ordenadamente hacia el mar.

En pocos minutos la playa quedó invadida. A la luz cálida del ocaso se distinguían los roedores que avanzaban por el fango hundidos hasta el vientre. Avanzaban trabajosamente pero sin vacilar, entraban en el agua y seguían a nado. Se veían emerger las cabezas hasta unos cien metros de la orilla; alguna cabeza aislada se distinguía aún a doscientos metros, donde rompían las olas del fiordo; más allá, nada. En el cielo otro ejército saeteaba inquieto: una flotilla de rapaces, muchos halcones, algunas aves ratoneras, gavi-lanes, milanos y otras que los dos naturalistas no supieron identificar. Revoloteaban chillando y peleándose entre ellas. De vez en cuando, una caía como una piedra, frenaba con un brusco aleteo y tomaba tierra atraída por un objetivo invisible, y a su alrededor la riada de los *lemmings* se separaba como alrededor de un islote.

—Bueno —dijo Walter—, ahora ya lo hemos visto. Ahora es distinto; ya no tenemos más justificaciones. Es algo que existe, que existe en la naturaleza, que existe desde siempre y que, por lo tanto, debe tener una causa y, en consecuencia, hay que descubrir esa causa.

—Qué desafío, ¿no? —dijo Anna en tono casi maternal, pero Walter se sentía ya en el campo de batalla y no respondió.

—Vamos —dijo.

Tomó la bolsa de red y corrió cuesta abajo hasta donde los *lemmings* más apresurados le pasaban entre las piernas sin mostrar temor. Agarró cuatro y luego se le ocurrió que tal vez los que iban por la mitad de la pendiente no representaban una muestra de tipo medio: podían ser los más fuertes o los más jóvenes o los más resueltos. Soltó a tres y luego avanzó en medio del hormigueo gris y capturó otros cinco en distintos puntos del valle. Subió hasta la tienda con seis animalitos que chillaban débilmente pero sin morirse entre ellos.

—¡Pobrecillos! —dijo Anna—. Aunque, bueno, como iban a morir igual...

Walter ya estaba llamando por radio al helicóptero de la Guardia Forestal.

—Vendrán por la mañana —dijo—. Ya podemos cenar.

Anna lo miró con aire interrogativo. Walter dijo:

—No, caramba, aún no. Dales algo de comer, pero no mucho para no alterar sus condiciones.

Tres días más tarde hablaron largamente con el profesor Osiasson pero sin llegar a muchas conclusiones. Regresaron al hotel.

—Pero ¿qué esperabas de él? ¿Que criticase la teoría que él mismo ha formulado?

—No —dijo Walter—, pero al menos que tuviera en cuenta mis objeciones. Es fácil repetir las mismas cosas durante toda una carrera y con la conciencia tranquila: basta con rechazar los hechos nuevos.

—¿Tan seguro estás de los hechos nuevos?

—Estoy seguro hoy y lo estaré aún más mañana. Tú misma lo has visto. Los seis que capturamos, al terminar la marcha estaban en perfecto estado de nutrición: veintiocho por ciento de grasa, más que la media de los *lemmings* capturados en la meseta. Pero si eso no basta, volveré...

—Volveremos.

—... Volveremos y capturaremos sesenta o seiscientos y enton-

ces veremos si Osiasson se atreve a seguir diciendo que lo que los mueve es el hambre.

—O la superpoblación...

—Es una tontería. Ningún animal puede reaccionar al apiñamiento con un apiñamiento peor. Los que vimos venían de todos los pliegues de la meseta. Pues bien, no huían; al contrario, se buscaban, tribu con tribu, individuo con individuo. Han avanzado durante dos meses, siempre hacia Occidente, y cada día eran más.

—¿Y?

—Pues... Mira, todavía no lo sé y tampoco te puedo explicar con exactitud lo que pienso, pero yo... yo creo que lo que quieren es, precisamente, morir.

—¿Por qué un ser vivo debería querer morir?

—¿Y por qué debería querer vivir? ¿Por qué debería *siempre* querer vivir?

—Porque... bueno, no lo sé, pero todos queremos vivir. Estamos vivos porque queremos vivir. Es una propiedad de la sustancia viviente: yo quiero vivir, no tengo la menor duda de ello. La vida es mejor que la muerte, me parece un axioma.

—¿Nunca has tenido dudas? Sé sincera.

—No, nunca. —Anna meditó y luego añadió—: Casi nunca.

—Has dicho *casi*.

—Sí, lo sabes muy bien. Después del nacimiento de Mary. Duró poco, unos meses, pero fue muy duro. Me parecía que nunca iba a salir de ello, que me quedaría así para siempre.

—¿Y qué pensabas en esos meses? ¿Cómo veías el mundo?

—No lo recuerdo. Hice de todo para olvidarlo.

—¿Olvidar qué?

—Aquel agujero. Aquel vacío. Aquel sentirse... inútiles, con todo a tu alrededor inútil, ahogados en un mar de inutilidad. Solos, incluso en medio de una multitud, emparedados vivos en medio de todos, emparedados vivos. Pero, por favor, ya basta, déjame. Mantente en el terreno de las cuestiones generales.

—Veamos... Escucha, probemos así. La regla es esta: que cada uno de los hombres, pero también los animales y... sí, también las plantas, todo lo que es vivo, lucha por vivir y no sabe por qué. El porqué está escrito en cada célula, pero en un lenguaje que no sa-

bemos leer con la mente; lo leemos con todo nuestro ser y obedecemos el mensaje con todo nuestro comportamiento. Pero el mensaje puede ser más o menos imperativo: sobreviven las especies en las que el mensaje se graba profundo y claro; las otras se extinguen, se han extinguido. Pero incluso en aquellas en las que el mensaje es claro puede haber lagunas. Pueden nacer individuos sin amor por la vida: otros lo pueden perder durante poco o mucho tiempo, tal vez por toda la vida que les queda, y, finalmente..., creo que ya lo tengo: lo pueden perder también grupos de individuos, épocas, naciones y familias. Son cosas que se han visto: la historia humana está llena de ellas.

—Bien. Ahora ya hay una apariencia de orden, te estás acercando. Pero ahora debes explicarme, es más, debes explicarte, cómo ese amor puede desaparecer en un grupo.

—Ya pensaré en ello más tarde. Ahora quiero decirte, además, que el que posee el amor a la vida y el que lo ha perdido no tienen un lenguaje en común. El mismo hecho lo describen los dos de dos maneras que no tienen nada que ver: el uno obtiene de él alegría y el otro tormento; cada uno confirma con él su propia visión del mundo.

—No pueden tener razón los dos.

—No. En general, tú lo sabes, y hay que tener el valor de decirlo, tienen razón los otros.

—¿Los *lemmings*?

—Digámoslo así: llamémoslos *lemmings*.

—¿Y nosotros?

—Nosotros estamos equivocados y lo sabemos, pero creemos que es más agradable tener los ojos cerrados. La vida no tiene un objetivo. El dolor siempre prevalece sobre la alegría. Todos somos condenados a muerte a los que no se les ha revelado el día de su ejecución. Estamos condenados a asistir al fin de nuestros seres más queridos. Hay contrapartidas, pero son escasas. Sabemos todo esto y, sin embargo, algo nos protege y nos sostiene y nos aleja del naufragio. ¿Qué es esta protección? Tal vez solo la costumbre: la costumbre de vivir, que se adquiere al nacer.

—Yo creo que la protección no es la misma para todos. Hay quien encuentra defensa en la religión, en el altruismo, en la estupidez, en el vicio o logrando distraerse continuamente.

—Todo eso es verdad —dijo Walter—. Podría añadir que la defensa más común, y también la menos innoble, es la que explota nuestra esencial ignorancia del mañana. Y mira, también aquí hay simetría. Esta incertidumbre es la misma que hace la vida insoponratable a los... a los *lemmings*: para todos los demás, la voluntad de vivir es algo profundo y confuso, algo que está en nosotros y al mismo tiempo junto a nosotros, separado de la consciencia, casi como un órgano que normalmente funciona en silencio, con disciplina, y entonces permanece ignorado. Pero puede enfermar o atrofiarse, ser herido o quedar amputado. Entonces seguimos viviendo, pero mal, fatigosamente, con dolor, como el que ha perdido el estómago o un pulmón.

—Sí —dijo Anna—, esta es la defensa principal, la natural, que se nos da junto con la vida para que la vida nos resulte soportable. Pero hay otras, creo yo: las que dije antes.

—Tiene que existir algo común a todas las defensas. Si sabemos responder a la pregunta que hemos dejado en el aire, es decir, qué es lo que actúa dentro de un grupo, también sabremos lo que acomuna las distintas defensas. Se pueden hacer dos suposiciones: una es que un *lemming* contagie a todos sus vecinos y la otra es que se trate de una intoxicación o de una carencia.

No hay nada más vivificante que una hipótesis. El Laboratorio de la Guardia Forestal fue movilizado en pocos días y los resultados no se hicieron esperar, pero durante mucho tiempo fueron negativos. La sangre de los *lemmings* emigrantes era idéntica a la de los *lemmings* sedentarios, lo mismo que la orina, la cantidad y la composición de la grasa: todo. Walter no pensaba en otra cosa y no hablaba de otra cosa. Una noche, hablando con Bruno ante unos vasos llenos, tuvieron la idea al mismo tiempo:

—Esto, por ejemplo —dijo Bruno—, esto nos sirve. Es una experiencia conocida, una experiencia común.

—Es un fármaco muy rudimentario. El alcohol no es inocuo, es difícil de dosificar y su efecto es muy breve.

—Pero se podría trabajar con él.

Al día siguiente estaban ante el recinto de los *lemmings* en el parque del Instituto. Habían tenido que reforzar la cerca por el

lado que daba al mar y hundirla sus buenos dos metros por debajo del nivel del suelo porque aquellos animalitos estaban muy agitados. Eran ya un centenar y durante todo el día y la mitad de la noche se apiñaban contra la alambrada pisoteándose, intentando trepar y echándose atrás los unos a los otros. Algunos excavaban túneles que fatalmente se detenían en la alambrada enterrada, salían arrastrándose hacia atrás y volvían a empezar. Los otros tres lados del recinto estaban vacíos. Walter entró, capturó cuatro, les ató una contraseña en una pata y les suministró un gramo de alcohol con una sonda. Los cuatro, devueltos al recinto, permanecieron unos minutos con el pelo erizado y las narices dilatadas; luego se alejaron y se pusieron a mordisquear tranquilamente el brezo. Sin embargo, al cabo de una hora, uno tras otro habían vuelto a ocupar su puesto en el apiñamiento de los individuos resueltos a emigrar hacia poniente. Walter y Bruno coincidieron en admitir que no era mucho, pero era una pista.

Un mes más tarde el departamento de los farmacólogos estaba en plena actividad. El tema propuesto era simple y aterrador: aislar o sintetizar la hormona que inhibe el vacío existencial. Anna estaba perpleja y no lo ocultaba.

—¿Si lo encontramos habremos hecho algo bueno o malo?

—Algo bueno para el individuo, seguro que sí. Algo bueno para la especie humana ya es más dudoso. Pero se trata de una duda ilimitada que se aplica a cualquier medicamento, no solo a este. Todo fármaco, mejor dicho, toda intervención médica, hace un adaptado de un inadaptado. ¿Querías poner en tela de juicio todos los fármacos y a todos los médicos? La especie humana hace siglos que eligió esta vía, la vía de la supervivencia artificial, y no me parece que haya resultado debilitada por ello. Hace mucho tiempo que la humanidad le volvió la espalda a la naturaleza. Está hecha de individuos y lo apuesta todo por la supervivencia individual, por la prolongación de la vida y por la victoria sobre la muerte y el dolor.

—Pero hay otros modos de vencer el dolor, este dolor. Hay otras batallas que cada cual debe combatir con sus propios medios, sin ayuda exterior. El que las gana demuestra que es fuerte y al hacer eso se vuelve fuerte, se enriquece y mejora.

—¿Y el que no las gana? ¿Y el que cede de golpe o poco a poco? ¿Qué dirías tú, qué diría yo, si también nosotros nos pusiéramos a... caminar hacia poniente? ¿Seríamos capaces de alegrarnos en nombre de la especie y de aquellos otros que hallan en sí la fuerza de invertir el camino?

Pasaron otros seis meses, que para Anna y Walter fueron meses singulares. Remontaron el río Amazonas en un barco de línea, luego el río Cinto en un barco más pequeño y, finalmente, en piragua, un afluente sin nombre. El guía que los acompañaba les había prometido un viaje de cuatro días, pero no fue hasta el séptimo que superaron los rápidos de Sacayo y avistaron el poblado. De lejos distinguieron los contrafuertes ruinosos de la fortaleza española y no comentaron, porque no era necesario ni era nuevo para ellos, otro elemento del paisaje: un apretujado saeteo en el cielo de vuelos de rapaces cuyo centro parecía estar encima de la fortaleza.

El pueblo de Arunde acogía los últimos restos de la tribu de los arunde. Se habían enterado de su existencia de modo casual, por un artículo publicado en una revista de antropología. Los arunde, en otros tiempos pobladores de un territorio tan vasto como Bélgica, se habían ido replegando dentro de unos límites cada vez más reducidos porque su número experimentaba un continuo declive. Ello no se debía a las enfermedades ni a guerras con tribus limítrofes ni tampoco a una alimentación insuficiente, sino solo al enorme índice de suicidios. Este y no otro fue el motivo por el que Walter se había decidido a pedir financiación para la expedición.

Fueron recibidos por el decano del poblado, que solo tenía treinta y nueve años y que hablaba correctamente el español. Walter, que odiaba los preámbulos, entró por lo derecho en el meollo de la cuestión. Se esperaba del otro recato, pudor, tal vez recelo o frialdad ante la curiosidad despiadada de un extranjero, y se halló ante un hombre sereno, consciente y maduro, como si se hubiera preparado para aquella conversación durante años o, tal vez, durante toda su vida.

El decano le confirmó que los arunde, desde siempre, carecían de convicciones metafísicas. Eran los únicos entre todos sus vecinos que no tenían iglesias ni sacerdotes ni hechiceros y no esperaban ayuda del cielo ni de la tierra ni del infierno. No creían en pre-

mios ni en castigos. Su tierra no era pobre, disponían de leyes justas y de una administración humana y eficiente. No conocían el hambre ni la discordia, poseían una cultura popular rica y original y solían alegrarse con frecuentes fiestas y banquetes. Preguntado por Walter sobre la constante disminución de su población, el decano respondió que era consciente de la fundamental diferencia entre sus creencias y las de los demás pueblos, próximos y lejanos, de que tenía conocimiento.

Los arunde —dijo— atribuían poco valor a la supervivencia individual y ninguno a la nacional. Cada uno de ellos era educado desde la infancia para estimar la vida exclusivamente en términos de placer y dolor, valorándose en el cómputo, naturalmente, también los placeres y dolores provocados en el prójimo por el comportamiento de cada cual. Cuando a juicio de cada cual el balance tendía a ser establemente negativo, es decir, cuando el ciudadano consideraba que padecía y que producía más dolores que alegrías, se le invitaba a una discusión abierta ante el consejo de ancianos y si su opinión se confirmaba, se le animaba a llegar a una conclusión y se le allanaba el camino. Después de la despedida, era llevado a la zona de los campos de *ktan*. El *ktan* es un cereal muy difundido en el país y su semilla, cribada y molida, se emplea en la elaboración de una especie de hogazas. Si no está cernida, la acompaña la semilla, muy menuda, de una gramínea infecciosa de cualidades estupefacientes y tóxicas.

El hombre es confiado a los cultivadores de *ktan*. Se alimenta de hogazas confeccionadas con semillas no cribadas y a los pocos días o a las pocas semanas, a su gusto, alcanza una condición de agradable estupor a la que sigue el reposo definitivo. Son pocos los que cambian de idea y vuelven de los campos de *ktan* a la ciudad fortificada, donde son acogidos con afectuosa alegría. Existe un contrabando de semillas no cribadas a través de las murallas, pero no en una medida alarmante, y se tolera.

A su regreso, Anna y Walter se encontraron con una gran novedad. La «sustancia que faltaba» había sido encontrada. Más concretamente, primero había sido creada de la nada, por síntesis, mediante un agotador trabajo de cribaje de innumerables compuestos sos-

pechosos de ejercer en el sistema nervioso una actividad específica. Más tarde, fue identificada en la sangre normal. Extrañamente, la intuición de Bruno había dado en el blanco: el compuesto más eficaz era precisamente un alcohol, aunque de estructura bastante compleja. Su dosificación era muy baja, tan baja que justificaba el fracaso de los analistas que no lo habían identificado como componente normal de la sangre de todos los mamíferos sanos, incluido el hombre y que, por lo tanto, no habían podido detectar su ausencia en la sangre de los *lemmings* emigrantes. Walter tuvo su cuarto de hora de éxito y de notoriedad: las muestras de sangre que había extraído a los arunde no contenían ni rastro del principio activo.

Este, que recibió el nombre de factor L, fue muy pronto producido a escala experimental. Era activo por vía oral y se demostró milagroso al restaurar la voluntad de vida en sujetos que carecían de ella o que la habían perdido como consecuencia de enfermedades, desventuras o traumas. En los demás, en dosis normales, no provocaba efectos dignos de mención ni señales de sensibilización ni de acumulación.

Enseguida todos vieron la oportunidad para una confirmación, mejor dicho, para una doble confirmación, en los *lemmings* emigrantes y en sus análogos humanos. Walter envió al decano de los arunde un paquete que contenía una dosis de factor L suficiente para cien individuos durante un año. Además, le escribió una larga carta en la que le explicaba minuciosamente el modo en que debía suministrarse el medicamento y en la que le pedía que ampliara el experimento a los huéspedes de los campos de *ktan*. Pero no tuvo tiempo de esperar la respuesta, porque la Guardia Forestal le notificó que una columna de *lemmings* se estaba acercando rápidamente a la desembocadura del Mólde, en el fondo del fiordo de Penndal.

No fue un trabajo fácil. Walter tuvo que recurrir a la ayuda de cuatro jóvenes ayudantes, además de contar con la ayuda entusiasta de Anna. Afortunadamente, el factor L era soluble en agua y en el lugar la había en abundancia. Walter se proponía esparcir la solución más allá del paso, donde el brezo crecía tupido y donde era presumible que los *lemmings* se parasen a mordisquearlo, pero enseguida se vio que el proyecto no era realizable. La zona era demasiado extensa

y las columnas de *lemmings* ya se estaban acercando, señaladas por altos torbellinos de polvo, visibles a veinte kilómetros de distancia.

Entonces Walter decidió pulverizar la solución directamente sobre las columnas en el paso obligado que estaba inmediatamente más abajo del puerto. No podría actuar sobre toda la población, pero consideraba que el efecto sería igualmente demostrativo.

Los primeros *lemmings* se asomaron al puerto hacia las nueve de la mañana. A las diez el valle ya estaba lleno y el flujo seguía aumentando. Walter bajó al valle con el pulverizador ajustado a la espalda. Se apoyó contra una piedra y abrió el grifo del propulsor. No hacía viento. Desde lo alto de la pendiente Anna vio claramente brotar la nube blanquecina, alargada en el sentido del valle. Vio a la marea gris detenerse arremolinándose, como las aguas de un río contra el pilón de un puente. Los *lemmings* que habían aspirado la solución parecían vacilar entre seguir, detenerse o volverse atrás. Pero luego vio una maciza oleada de cuerpos inquietos sobreponerse a la primera y una tercera a la segunda, de modo que la masa hirviente llegó a la altura de la cintura de Walter. Vio a Walter haciendo rápidos gestos con la mano libre, gestos confusos y convulsos que parecían pedir ayuda, y luego vio a Walter tambalearse, arrancado de la protección de la roca, caer y ser arrastrado y sepultado y nuevamente arrastrado, visible a ratos como un engrosamiento bajo el río de las pequeñas e innumerables criaturas desesperadas que corrían hacia la muerte, su muerte y la de él, hacia el pantano y el mar no lejano.

Ese mismo día llegó devuelto al remitente el paquete que Walter había mandado al otro lado del océano. Anna lo recibió tres días más tarde, cuando el cuerpo de Walter ya había sido rescatado. Contenía un lacónico mensaje dirigido a Walter «y a todos los sabios del mundo civil».* Decía así: «El pueblo de los arunde, que pronto ya no será un pueblo, os saluda y os da las gracias. No queremos ofenderos, pero os devolvemos vuestro medicamento para que lo aproveche aquel de vosotros que lo quiera. Nosotros preferimos la libertad a la droga y la muerte a la ilusión».

* En castellano en el original. (N. del T.)